

RESEÑAS

SANDÍN, Máximo, *Pensando la Evolución, pensando la vida*, Murcia, Ediciones Criminales, 2006, 412 pp. [ISBN: 978-84-935141-0-5]

Ser humano significa, entre otras cosas, el entender y describir verbalmente, tal vez hasta poder explicar, algo acerca del mundo y de la vida; pero, lamentablemente, ese algo siempre es parcial, y por lo tanto ser humano, significa entre otras cosas, frustración. Siempre ha habido y habrá frustración abundante para la humanidad, porque será siempre una explicación parcial de las cosas la que esté a nuestro alcance, mientras que, deseáramos saber más. En el caso de quien, por ventura o desventura, por afición o profesión, se dedique a la Ciencia, la frustración viene asegurada y vinculada a nuestra actividad, como algo intrínseco e inseparable, porque nuestro trabajo consiste en buscar este tipo de explicaciones acerca del mundo y de la vida y, al parecer, hay en ambos, la vida y el mundo, algo así como una fuerza indescriptible que hace aumentar nuestra frustración al aumentar nuestro empeño por explicar sus cosas.

Los remedios al alcance de nuestra mano para aliviar esta situación de pesadumbre son varios. Uno, fundamental, por ejemplo, es el cultivo del sentido del humor. Hay que tener en cuenta que todo tiene un lado cómico. Otro, puede ser la humildad. Pero, equipada con esas dos viejas ruedas, humildad y sentido del humor, la bicicleta de uno no llega muy lejos en estos tiempos. Por eso hay que trabajar también un tercer remedio, que es quizás, por el que yo siempre apostaría, que consiste en no resignarse y pelear. Para mí, el acto fundamental que define al hombre en su lucha contra la frustración, más allá del humor y de la humildad, es un acto de rebeldía y consiste en la capacidad de poder, en cualquier momento, enfrentarse con los planteamientos dados y plantar cara a cualquier situación. Me gustaría llamar a este remedio fe, pero no lo haré de momento, y lo llamaré convicción humana. La convicción es el más importante remedio contra la frustración y sólo cuando falla hay que recurrir ineludiblemente a los otros dos. Lo explico en lo que sigue. Para empezar, con un ejemplo, y ya luego hablamos directamente del libro.

El ejemplo es el del filósofo Friederich Nietzsche. La edición de su libro *El crepúsculo de los ídolos* que yo ahora tengo delante es la de Biblioteca Edaf (2002) y Agustín Izquierdo comienza su prólogo de manera intensa y emotiva.

Dice:

En el último periodo de su vida lúcida, Nietzsche resume su lucha contra las falsas concepciones que conforman la tradición de la filosofía, la moral y la religión de Occidente. Para llevar a cabo tal ataque, el filósofo decide auscultar todos los ídolos que han aparecido



a lo largo de toda esa tradición como los valores supremos que guían y regulan un tipo de comportamiento que se corresponde con un tipo de vida.

Esos ídolos, cuando se les toca con el martillo, suenan a hueco, no son nada más que fuegos fatuos que el propio hombre ha introducido en la realidad y que se desvanecen ante la sola mirada atenta de quien los contempla con fijeza y sensatez. El crepúsculo de los ídolos es el ocaso de los grandes valores eternos que han dominado una civilización y un modo de vida, un ocaso que tal vez preceda a una aurora llena de promesas, a una transvaloración de todos los valores.

Y es que, cuando uno ve a su alrededor cosas que no parecen ser como debieran, puede, lícitamente, molestarse en analizarlas y describirlas con cuidado. Para ello, el mejor punto de partida es un convencimiento personal que nos llevará por caminos absolutamente inesperados. Así podemos arrinconar la frustración, que volverá a caer sobre nosotros en el momento en que falle uno de estos tres pilares: Humor, humildad, convicción humana.

El libro que voy comentando, titulado *Pensando la Evolución, pensando la vida*, contiene la recopilación de ocho artículos publicados en diversas revistas del ámbito científico, entre 1995 y 2005, por Máximo Sandín, profesor de Bioantropología, perteneciente al Departamento de Biología de la Universidad Autónoma de Madrid. Además, una breve y atinada presentación del autor en poco más de cuatro páginas y un oportuno prólogo en seis de Mauricio Abdalla, profesor de Filosofía de las Ciencias en la Universidad Federal del Espíritu Santo, en Brasil. Los ocho artículos que siguen a la presentación y al prólogo ocupan un total de 346 páginas seguidas de otras treinta y cinco de bibliografía. Como, tanto los artículos como su presentación y el prólogo trascienden el puro interés científico e interesan a un colectivo de lectores más amplio, la publicación de su conjunto en un libro es muy acertada. El resultado es una valiosa fuente de información sobre aspectos de la reciente historia de la Biología, que rara vez son presentados, como aquí, en un contexto generalista, histórico. Explicaré, en lo que sigue, algunos motivos para leer el libro e instrucciones para su uso, con la idea de que, acercarse a él y sobretodo, mantenerlo cerca, puede ser interesante en unos momentos en que el cambio en Biología está anunciándose (GOLDENFELD, N. and WOESE, C. (2007), *Biology's next revolution*, *Nature*, 445, p. 369). Concretando:

1. El libro expresa unas ideas e intenciones mantenidas a lo largo de la trayectoria de su autor y, muy claras. Intenta hacer un análisis completo; se dirige a una comprensión global de la Biología. Si uno comienza a leer, ya en los dos primeros párrafos de la página 7 sus intenciones están bien descritas. Aquí, transcribo unas líneas de la página 8:

El estudio científico de la evolución no está sólo encaminado a saber «cómo ha sido». Comprender esto nos debe permitir explicarnos los fenómenos de la Naturaleza en la actualidad, el papel que tienen las distintas formas de vida en las relaciones entre sí y con su entorno, tanto en sus actividades normales como en las alteraciones de estas como pueden ser los desequilibrios ecológicos o las enfermedades. Es decir, nos debe hacer posible construir una base teórica científica para la Biología que haga posible entender y, en su caso, afrontar, los fenómenos (y los graves problemas) actuales.

Un poco más adelante, el autor deja claro su descontento con la actual base teórica de la Biología, fundada en gran medida sobre el darwinismo y, sobretodo, el neo-darwinismo. Argumentos más completos y de mayor extensión se encuentran a lo largo del libro, en particular en el primer capítulo (Una nueva Biología para una nueva sociedad. Ver p. 39: La hipocresía como doctrina científica; p. 42 y siguientes).

Es decir, la Biología, al igual que los seres vivos, no puede aislarse de su entorno. Por ejemplo, copio de la p. 115:

En efecto, aunque el inevitable reduccionismo conduce a estudiar a los seres vivos, o aspectos parciales de estos, como si fueran entidades independientes, parece claro que el concepto de «organismo independiente» tiene, en la naturaleza, poca entidad real. Los seres vivos se autoorganizan (es decir, solo pueden existir) mediante intensos cambios con su entorno que, a su vez, está organizado como un ecosistema dinámico y complejamente interrelacionado. El conjunto de ecosistemas también conforma un sistema de formas vivas y no vivas de distintos niveles entre los que existen conexiones e interdependencias.

Y más adelante (p. 165): «Al igual que para la Ecología, para la Física la realidad es la totalidad».

2. La Biología se encuentra en un momento crítico. A lo largo de décadas, ha protagonizado descubrimientos notables que han originado cambios en nuestra manera de ver el mundo y que también han contribuido a cambiar el comportamiento humano en general participando en la nueva estructura social. Hoy no se puede pretender entender bien el alcance y significado del conocimiento en Biología fuera de un contexto social y económico. En muchos de los capítulos se destacan estos aspectos que son muy importantes pero que no suelen ser habituales en los libros de Biología. El prólogo deja muy claro este punto. Es una satisfacción ver que en un libro de Biología el prólogo está escrito por un filósofo de la Ciencia.

3. El libro contiene textos escritos a lo largo de varios años con un punto de vista independiente y crítico. Minuciosamente a veces, son analizados aspectos de la evolución o en general de la Biología que, por estar relacionados con la Historia, tal vez podría parecer al lector ingenuo que se alejan de la Biología, pero si así fuese, el lector debería despertar de su letargo y saber que la Biología pertenece a la Historia si no quiere ver pronto como la vida misma puede pertenecer a la Historia. El libro contiene abundantes textos críticos con el abuso de los argumentos darwinistas y neo-darwinistas, con la Genética de Poblaciones y en general con aspectos de la Biología que a menudo son objeto de confusas polémicas, pero sólo raras veces franca y abiertamente discutidos. En un panorama científico globalizado en el que no abundan las opiniones críticas e independientes, este libro es un buen remedio para la frustración, porque invita, como su título dice, a pensar de forma independiente y crítica, dejándose uno llevar por eso que he llamado arriba convicción humana. *El crepúsculo de los ídolos*, de Nietzsche, se relaciona con este libro por algún extraño y remoto parentesco que alguien, biólogo, genético o crítico literario de mente sagaz, tendrá que resolver un día. En su capítulo titulado «Incursiones de un intempestivo» (pp. 122-123), Nietzsche opinaba así acerca del darwinismo:

Anti-Darwin. En lo que respecta a la famosa «lucha por la vida», me parece que de momento está más afirmada que demostrada. Se da, pero como excepción; el aspecto global de la vida no es el del estado de necesidad, el de la hambruna, sino más bien el de la riqueza, el de la exuberancia, incluso el del absurdo derroche: donde se lucha, se lucha por poder (...) no se debe confundir a Malthus con la naturaleza. Ahora bien, suponiendo que exista- y en verdad, se da- esa lucha transcurre, por desgracia, de modo inverso al deseado por la escuela de Darwin, al que quizá sería lícito desear con dicha escuela: a saber, en contra de los fuertes, de los privilegiados, de las excepciones felices. Las especies no crecen en perfección: Los débiles se enseñorean siempre de los fuertes, y esto es porque son el mayor número y también porque son más listos (...) Darwin se ha olvidado del espíritu (qué inglés es esto!), los débiles tienen más espíritu (...) Hay que necesitar espíritu para obtener espíritu, y se pierde cuando ya no se necesita. Quien tiene la fuerza se desprende del espíritu (...).

Antes de terminar daré otros dos argumentos en favor del libro. Uno, pesado y el otro ligero. El pesado, porque el lenguaje es muy importante y acompaña ineludiblemente a una mentalidad y una manera de ver el mundo. Así, uno se cansa de tantas publicaciones sobre Biología escritas en el

idioma inglés a la vez que acusa la ausencia de libros de Biología en español, escritos con un criterio propio y no puramente traduciendo o remedando el criterio de otros. El otro argumento, ligero, es el precio del libro realizado en una edición de bajo coste y asequible.

Finalmente, un detalle anecdótico pero no menos importante. La editorial, Ediciones Crimentales, es fruto del decidido apoyo de un alumno del autor para ver difundidas sus ideas. Un proyecto arriesgado que personalmente apoyo, porque demuestra tan bien como el propio texto esa convicción humana de la que hablaba arriba y que tanto admiro y que, como decía, es el mejor remedio para la frustración, porque me hubiese gustado tener profesores como el autor de este libro y alumnos como su editor, ejemplares notables los tres, autor, editor y libro, que, lamentablemente, no abundan en los panoramas universitarios y editoriales del momento, pero no porque no tengan nada que decir, sino más bien por el motivo contrario, tal vez porque como dijo Nietzsche, quien tiene la fuerza se desprende del espíritu.

Emilio CERVANTES

BARONA, Josep L., BERNABEU-MESTRE, Josep, *La salud y el estado. El movimiento sanitario internacional y la administración española (1851-1945)*, Valencia, PUV Universitat de València, 2008; 366 pp. [ISBN: 978-84-370-6974-6]



Esta nueva entrega de la intensa labor investigadora de los profesores Barona y Bernabeu sobre medicina y salud en la España contemporánea constituye un libro necesario, llamado a convertirse en imprescindible para los interesados en estos problemas y época.

Por más que la peculiaridad disciplinar de la historiografía se sujeta a la singularidad de los problemas, la necesidad de contar con un conocimiento preciso del panorama internacional en términos de saberes y prácticas es evidente. Aún más, en aspectos íntimamente relacionados con un modelo de sociedad y de estado como el que se expande por Europa entre los siglos XIX y XX de la mano de la industrialización y el régimen parlamentario, resulta insoportablemente aldeano el abordaje de la historia de la administración sanitaria española sin el examen pormenorizado de las profundas imbricaciones impuestas por el triunfo de una línea hegemónica de cultura sanitaria. Ese es el objeto fundamental del libro y su gran contribución, más allá de otros detalles.

Los siete primeros capítulos exploran de manera sistemática, por orden cronológico y a partir de las principales fuentes preservadas, bibliográficas y de archivo, la presencia de España en instancias sanitarias internacionales desde el inicio de las Conferencias Sanitarias (1851), si bien durante el siglo XX la presencia hispana se complementa o refuerza con la intervención en España de organismos o entidades foráneas. Es decir, se conjuga la información sobre las contribuciones españolas al orden internacional sanitario tanto como la presencia directa de instituciones foráneas en nuestro país. Así, se analizan, sucesivamente, la génesis del movimiento sanitario internacional, las conferencias internacionales sanitarias entre 1851 y 1911, los congresos internacionales de beneficencia (1853-1880), los de higiene y demografía (1852-1912), la Oficina Internacional de

Higiene Pública de París (1907-1949), la Fundación Rockefeller y la salud pública española, y el Comité de Higiene de la Sociedad de Naciones. Los capítulos octavo y noveno se refieren a la sanidad española republicana y en la guerra civil, dando relevancia a los informes procedentes de (o emitidos hacia) instancias exteriores, mientras que el capítulo décimo está pertinentemente empleado en recordar el exilio republicano y su contribución a la salud pública internacional (Pascua, Ruesta, Bengoa, Zulueta, etc.).

Ambos autores son reconocidos por sus aportaciones al ámbito de la historia de la salud pública española, de forma tal vez más monográfica en Bernabeu, si bien Barona ha destacado en los últimos años por su abundante producción. Por tanto, la presentación y discusión de los contenidos temáticos del libro denotan amplia erudición y dominio de los mismos, si bien, en muchas ocasiones, su tratamiento peca de ser excesivamente dependiente de la fuente privilegiada en cada caso. ¿Por qué había que reproducir el parcialmente diferente contenido de dos fuentes de procedencia Rockefeller ambas con mención de nombres de becarios hispanos? (pp. 129-133). Más productivo, para el lector, sería conocer la relación y la contribución de estos, con independencia de si aparecen en dos, tres o cien documentos distintos. En todo caso, muchos de sus capítulos constituyen auténticas novedades (prácticamente todos los del siglo XIX, el de la OIHP), otros contienen muchas informaciones nuevas (Rockefeller y republicanos). Supongo que debemos a la presión por la publicación el que durante los dos o tres últimos años entre ambos autores hayan firmado tan diversos textos, libros y artículos, todos tangentes sobre la sanidad republicana y de la guerra, con lo que se hace difícil establecer ese juicio de «novedad»¹. Por otra parte, se aprecia cierta precipitación en la forma de poner el texto en la calle. Por ejemplo, se utilizan denominaciones distintas para una misma entidad, según los capítulos (caso del Comité de Higiene de la Sociedad de Naciones, que aparece también como Comité de Salud y como Organización de Higiene) la anquilostomiasis se convierte en esquistosomiasis en algunos momentos, provocando el fantasma de una campaña internacional inexistente (pp. 92-94). Las relativamente abundantes ilustraciones carecen de indicación de procedencia. Otras relaciones internacionales dentro del dominio sanitario, como las referidas a enfermedades y accidentes del trabajo, no son exploradas. El tratamiento de la intervención de la Fundación Rockefeller tras la guerra civil no está completo, pues falta todo lo relativo a la intervención en torno al tifus, tan importante o más que la atención prestada a los problemas de nutrición, como ya indiqué en mi comunicación al Congreso Internacional de Historia de la Ciencia celebrado en México en 2001 y que entiendo que debería publicar en España rápidamente para completar esta excelente visión de conjunto.

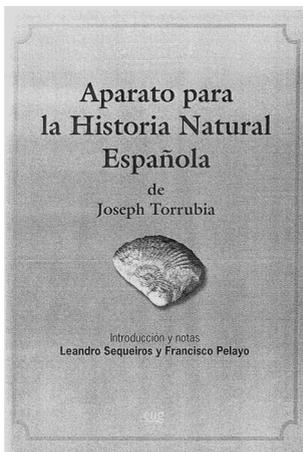
Con independencia de detalles como los apuntados, está claro que los contenidos informativos de este texto son relevantes y, pese a su relativa poca discusión —sólo evitada allá donde existía una aportación propia importante, como en el capítulo del exilio—, merece ser leído con atención y estudiado por los historiadores. De ahora en adelante ha de ser una referencia imprescindible en las

¹ BARONA, J.L. (2006), Las reformas sanitarias durante la Segunda República, *Eidón. Revista de la Fundación de Ciencias de la Salud*, 22, pp. 63-69; BARONA, J.L., BERNABEU-MESTRE, J. (2007), La sanidad española en el primer tercio del siglo XX y las reformas republicanas. En BARONA y BERNABEU-MESTRE (eds.), *Ciencia y sanidad en la Valencia capital de la República*, Valencia, PUV, pp. 20-33; BERNABEU-MESTRE, J. (2007), *La salut pública que no va poder ser. José Estellés Salarich (1896-1990): una aportació valenciana a la sanitat espanyola contemporània*, Valencia, Consell Valencià de Cultura; BARONA, J.L. (2006), La salud en la población española según los informes internacionales. En *Congreso Internacional sobre la Guerra Civil Española*, Madrid, [http://www.secc.es/media/docs/10_2_JOSEP_LUIS_BARONA_VILAR.pdf] (06/04/2009). BARONA, J.L., PERDIGUERO, E. (2008), Health and the war. Changing schemes and health conditions during the Spanish civil war, *Dynamis*, 28, pp. 103-126.

bibliografías sobre la historia de la salud pública en España y en los materiales de trabajo para cursos de posgrado, además de un escenario de imprescindible tratamiento en otros abordajes monográficos especializados.

Esteban RODRÍGUEZ OCAÑA

TORRUBIA, Joseph, *Fósiles, Gigantes y Diluvio universal*. Edición facsímil del *Aparato para la Historia Natural de España...* Introducción y notas de Leandro Sequeiros y Francisco Pelayo, Granada, Editorial Universidad de Granada, 2007, LXXXI págs., [13] h., 204 pp., [17] h., [11] h. de lám. [ISBN: 978-84-338-4780-5]



Un clásico, el *Aparato de Historia Natural...* que el franciscano Joseph Torrubia diera a las prensas madrileñas de los herederos de Agustín de Gordejuela y Sierra, corriendo el año 1754, está nuevamente disponible en edición facsímil, para deleite de los historiadores de la Ciencia y de todos aquellos que quieran emplear la obra par la enseñanza de la Geología, de la polémica de la Ciencia española, de la Ciencia ilustrada o del diálogo entre Ciencia y Religión, pues son múltiples los aspectos docentes en que los que la obra muestra su utilidad.

La reproducción facsimilar va precedida de un largo y riguroso estudio firmado por dos magníficos conocedores de la obra del franciscano y de su significado en la España y en la Europa de su tiempo; ambos nos han ofrecido, en ocasiones anteriores, sus visiones sobre los problemas que abordan en este estudio introductorio, ahora presentados de manera sintética.

En las páginas que preceden al facsímil se pasa revista a la azarosa vida de Joseph Torrubia (Granada, 1698-Roma, 1761), a sus viajes por tierras de misión y a sus polémicas con otros compañeros de su misma Orden religiosa por asuntos económicos y personales; no son éstos asuntos banales pues, en definitiva, reflejan la compleja psicología del autor del texto y permiten explicar no sólo la oportunidad temporal y geográfica de algunos de sus hallazgos, sino también el proceso de creación de la obra que nos ocupa, probablemente nunca finalizada por su autor.

El momento del almuerzo de 10 de agosto de 1750 queda señalada como el momento clave que marca el inicio de los estudios paleontológicos de Joseph Torrubia; pocas veces puede fijarse con tal precisión los intereses de un autor sobre un problema; en este caso, es el propio franciscano quien deja noticia expresa de su interés al relatar cómo, a su paso por el lugar de Anchuela, en tierras de Guadalajara, observó las piedras zoomorfas con las que una niña jugaba a la 'china alta'. De aquí a su interpretación de estas especiales estructuras como testigos del Diluvio universal media un corto paso; añadió a éstas las nuevas observaciones realizadas durante su estancia en el convento de Molina de Aragón y sus experiencias por el continente americano y Filipinas; trasladó sus meditaciones negro sobre blanco y, apenas tres años después de aquel fortuito 'manjar de piedras' de Anchuela, dio a las prensas el primer tratado de Paleontología escrito en España.

No fue éste un texto sencillo, ni exento de polémica; el franciscano, bragado en las lides de la polémica, avaló su edición con dos aprobaciones, una censura y tres licencias religiosas, fechadas

entre febrero y noviembre de 1753, antes de enviar su obra a los tórculos de la imprenta que fuera de Agustín de Gordejuela.

Este de la 'naturaleza de las petrificaciones' es un problema antiguo en Europa, cuyas primeras formulaciones se retrotraen al XV; Joseph Torrubia conoce las teorías publicadas y las expone con minuciosidad a lo largo de la obra; él defiende el origen natural de estas formaciones, como restos petrificados de cuerpos marinos, a los que considera el más feliz recuerdo tangible de la existencia, real y milagrosa, del Diluvio universal, del que se manifiesta como un férreo defensor. Tanto él, como el primero de sus censores, Gerónimo de Salamanca, criticarán adustamente las teorías diluvistas defendidas por la esfera protestante, representada por Thomas Burnet, John Woodward y William Whiston.

Pero no fueron los naturalistas británicos los únicos con los que Joseph Torrubia polemiza a lo largo de su obra; las opiniones del beneditino Jerónimo Feijoo, defensor de un proceso de petrificación provocado a través de grandes revoluciones geológicas, directamente relacionadas con los fenómenos orogénicos, y no como causa directa diluvial, también fueron objeto de sus diatribas. En sus planteamientos sobre el origen de los montes, Joseph Torrubia se muestra defensor del neptunismo, teoría más acorde con la interpretación literal del relato del Génesis.

Por sus páginas pasan los argumentos defendidos por Antonio de Ulloa, Nicolás Steno [Niels Steensen], Fortunato da Brescia [Girolamo Ferrari] y Andrés Piquer, a quienes sigue en sus formulaciones; también los de Voltaire y el conde de Buffon, a quienes critica sin paliativos. En el *Aparato...* tienen cabida las colecciones reunidas por Athanasius Kircher, Michele Mercati, Simon Giovanni Bianchi, Antonio Vallisneri, Ludovico Moscardo, y tantos otros, a los que tuvo acceso a través de la literatura producido tanto por sus coleccionistas como por quienes se ocuparon de su estudio.

La erudición, extensa y en ocasiones fuera de contexto, con que Joseph Torrubia justifica sus opiniones, sin duda por el carácter polémico que él mismo intuía, fue ya objeto de crítica entre los contemporáneos que se ocuparon de analizar su obra; de ella gozó de especial difusión los capítulos dedicados a la «gigantología», tema recurrente en los cenáculos y tertulias ilustradas de toda Europa, y al que el propio franciscano dedicó el último de sus escritos publicados: *La Gigantologia spagnola vindicata...* (Nápoles, 1760).

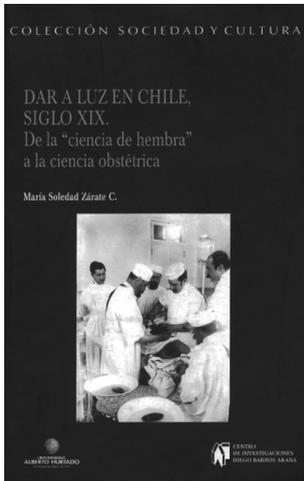
De éstos, y de otros asuntos más, sobre las teorías de los fósiles, los gigantes y su relación con el Diluvio universal, tal como fue interpretado por naturalistas y teólogos de la Europa ilustrada, y del eco y difusión de las teorías de Joseph Torrubia por Europa, trata el estudio introductorio perfeñado por Francisco Pelayo y Leandro Sequeiros, dos especialistas en la obra del naturalista granadino, como se desprende de la completa bibliografía que se adjunta, para acompañar a la edición facsimil del *Aparato de Historia Natural...* redactado por Joseph Torrubia. Comentan los dos autores como el *Aparato...* de Torrubia está dividido en tres partes muy claras. La primera mitad del libro, que abarca los primeros XV capítulos, la dedicó Torrubia a comentar el hallazgo de fósiles, tanto en la península como en los dominios coloniales españoles de América y Filipinas, así como a sostener el carácter orgánico de tales petrificaciones. Esta parte incluye el famoso capítulo X sobre los huesos de gigantes. La segunda mitad, a su vez, se subdivide en dos apartados; en el primero, que ocupa los capítulos XVI a XXVIII, Torrubia se ocupa de discutir acerca del origen de los fósiles españoles, rebatiendo las diferentes hipótesis que habían sido recogidas en España por Benito Jerónimo Feijóo (1676-1764), mientras que la parte final de la obra, capítulos XXIX a XXXV, se ocupa de la defensa de la hipótesis diluvista de los fósiles.

La figura y obra naturalista de Torrubia es analizada y diseccionada por Sequeiros y Pelayo, que enmarcan al naturalista granadino en el contexto histórico-científico de su época, en relación a las ideas acerca de la naturaleza y el origen de los fósiles, del diluvio bíblico como factor de alteración geológica y explicación del modelado del relieve terrestre y del debate sobre la posible existencia en el pasado de pueblos de antiguos gigantes. Asimismo, los autores del estudio introductorio ponen de relieve la repercusión que tuvo el libro de Torrubia en Europa, traducido al alemán, una parte al italiano y comentado en revistas de crítica literaria inglesas y francesas.

En resumen, el libro de Torrubia es todo un clásico, con sus defectos y virtudes, una obra pionera en la historia de la paleontología española que nos demuestra cómo «La Ciencia es siempre una interpretación mudable de la Naturaleza».

Antonio GONZÁLEZ BUENO

ZÁRATE CAMPOS, María Soledad, *Dar a luz en Chile, siglo XIX. De la «ciencia de hembra» a la ciencia obstétrica*, Santiago de Chile, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, 2007, 548 pp. [ISBN: 978-956-244-190-2]



La trágica historia, sucedida en 1860, de una mujer, Antonia Coloma, fallecida a los veintiún años poco después de haber dado a luz, por mala praxis de la matrona que la atendió y por desidia del médico al que se llamó y nunca vino, fue recogida por la prensa y tuvo una gran repercusión en la comunidad médica santiaguina. El relato vívido de este incidente como ejemplo paradigmático de la práctica obstétrica y de la situación de las mujeres en dicho país en el Ochocientos, abre la excelente monografía de Zárate, historiadora chilena vinculada a dos ámbitos académicos: las universidades de Alberto Hurtado y de Chile, respectivamente y que cuenta ya con trabajos anteriores en torno al tema de la maternidad en la primera mitad del siglo XX chileno.

Se ha dicho, no sin razón, que, al menos en lo que se refiere al mundo de la historia, la tesis doctoral representa un antes y un después en la trayectoria profesional de la persona que ha sido capaz de llevar a buen puerto una investigación. El libro de la autora chilena es precisamente, el resultado de un trabajo académico de estas características. La publicación de estos resultados es, naturalmente, deseable y necesaria, sobre todo cuando, como en

este caso, las aportaciones originales son sustanciales. Sin embargo, el paso de la memoria de investigación, sujeta a cánones muy marcados, a la monografía, requiere realizar un esfuerzo adicional puesto que el género literario y los públicos de la misma son diferentes. En este caso, da la impresión de que la obra está todavía un poco encorsetada por lo que fue la memoria de la tesis, lo que no empaña en absoluto, su interés y su calidad intrínsecas.

Uno de los aspectos de mayor relieve en este estudio histórico de la asistencia al parto en Chile es el haber sabido exponer muy brillantemente toda la variedad de recursos y de prácticas relativas al mismo y todos los protagonistas de esta historia: mujeres embarazadas, parteras tradicionales, matronas «examinadas» y médicos, sin privilegiar a unos u a otras. Pero, además de esta reconstrucción realizada desde fuentes originales en la mayor parte de los casos, hay un análisis en profundidad de las relaciones entre los protagonistas y su significado histórico en el que las retóricas de género, mas o menos explícitas, son desveladas y situadas en su justa medida. Como indica la autora en las conclusiones, tres procesos históricos paralelos marcaron el punto de partida de la obstetricia en la segunda mitad del siglo XIX: la aparición de médicos interesados en la especialidad, la institucionalización del proyecto educativo de las matronas «examinadas» y la supervisión médica de las mismas y, finalmente, la transformación de una institución emblemática, la Casa de Maternidad de Santiago, en un espacio de asistencia y de enseñanza de médicos y matronas.

La combinación de una variedad de fuentes de diversa procedencia es uno de los aciertos del estudio puesto que permite conocer el complejo entramado de los conocimientos y las actuaciones diagnósticas y terapéuticas de los médicos a través del periodismo especializado, los discursos de ingreso en la Facultad de Medicina y las memorias para obtener el grado de licenciado, pero no se queda ahí. A destacar, las fuentes de archivo de instituciones hospitalarias y una serie de documentos, de interés excepcional, como los ubicados en el Archivo del Tribunal del Protomedicato que, junto a la documentación relativa a esta institución, recoge testimonios en primera persona del papel de las parteras y la asistencia a los partos domiciliarios y el papel jugado en estos espacios por los distintos agentes implicados («parteras, parturientas, matronas y médicos aparecen retratados en situaciones de orden tan privado como son los partos a domicilio», p. 35). Finalmente, anuarios estadísticos y censos, normativas legales, periodismo general y, dentro del mismo, los anuncios de propaganda de las matronas ejercientes en Santiago, completan una heurística de fuentes ciertamente muy bien orientada.

El estudio de la incorporación paulatina de las técnicas obstétricas y su fundamentación teórica, a la enseñanza regular y a la actividad práctica de los médicos, va ligada indisolublemente, aquí como en otros espacios geográficos, a los procesos de profesionalización y especialización con peculiaridades propias como la temprana incorporación de profesionales extranjeros como el médico francés, discípulo de Armand Trousseau, Lorenzo Sazié. Los elementos ideológicos de este proceso de creciente medicalización de una práctica tradicional, son muy adecuadamente analizados desde un enfoque de género que recoge la abundante bibliografía generada en el ámbito internacional, sobre todo, la procedente del área anglosajona y los títulos mas significativos del importante grupo francés, pero de la que están ausentes las aportaciones hechas en los últimos años por la historia de la medicina española, en especial, las relativas a los espacios de profesionalización de mujeres en el área sanitaria, como las llevadas a cabo por Teresa Ortiz o Montserrat Cabré, no solo en cuanto a estudios de campo sino a la profundización en los enfoques y tendencias y la elaboración de modelos de análisis.

Con las salvedades indicadas, la obra no solo nos parece interesante sino indispensable por varias razones: en primer lugar, por cubrir la laguna existente sobre este tipo de estudios en un marco geográfico muy importante. En segundo término, por la seriedad y rigor en el análisis historiográfico y finalmente, por la originalidad del enfoque, al abordar de forma coherente y muy sugestiva este panorama en el que el pluralismo asistencial y la complejidad de los procesos están muy presentes.

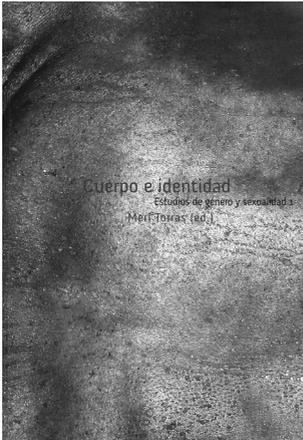
La edición, de muy buena factura, está incluida en la Colección «Sociedad y Cultura» de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos que, desde 1990, está realizando una muy meritoria labor de apoyo a la investigación histórica sobre diversos aspectos del patrimonio nacional, como la monumental *Historia de Chile* o trabajos monográficos muy interesantes como el de Jorge Rojas Flores sobre historia de la salud laboral (*Los niños cristaleros: trabajo infantil en la industria: Chile, 1880-1950*), entre otros.

Rosa BALLESTER

TORRAS, Meri (ed.), *Cuerpo e identidad. Estudios de género y sexualidad I*, Bellaterra, Edicions UAB, 2007, 269 pp. [ISBN: 978-84-490-2521-1]

Un aviso previo —creo que útil— acerca de este libro es que se trata de una monografía a modo de manual didáctico. La utilidad la entenderán muy bien quienes tengan que adaptar su labor docente al Espacio Europeo de Educación Superior (EEES). La estructura del libro viene marcada

precisamente por ese carácter de material docente que la editora ha conseguido darle. Así, tras cada uno de los nueve trabajos de que consta la obra, incluido el introductorio, se ofrecen, bajo el epígrafe Ejercicios, materiales en forma de fragmentos de textos, fotos, bibliografías, direcciones electrónicas de documentos, vídeos, e imágenes, con los que se pueden elaborar las tareas propuestas, de forma bastante detallada en general, por las autoras y el autor de los trabajos publicados. Precisamente, este es uno de los puntos fuertes del libro: el material para la reflexión y elaboración que ofrece a sus lectores.



El objetivo común que persigue la publicación es mostrar el panorama de los estudios sobre el cuerpo como entidad social, sin por ello negar su carácter orgánico, rompiendo así construcciones dicotómicas tan arraigadas como naturaleza/cultura basadas en procesos de naturalización de lo material. En este empeño, la obra de Judith Butler se constituye en un eje central de referencia desde el capítulo inicial, así se logra explicar su teoría de la performatividad del género. También Foucault, sus teorías sobre el poder y el (auto)control del cuerpo, y, por supuesto, la metáfora *cyborg* de Haraway. Pero, de ninguna manera se agotan en estos autores las perspectivas presentadas; la amplitud de referencias a autoras y autores del ámbito de los estudios culturales, la teoría crítica, el pensamiento feminista, que en unas ocasiones antecedieron y en otras retomaron a los antes citados, es realmente importante. Las referencias han sido integradas de forma muy conveniente en el texto, pues las notas al margen (así están dispuestas) son un recurso poco usado, dando a la lectura bastante agilidad.

Ahora bien, los dualismos centrales del pensamiento occidental son abordados desde unas perspectivas críticas, y en este sentido, el libro resulta repetitivo en relación a algunos conceptos y lugares comunes. Así, las concepciones dualistas y mecanicistas de Descartes se explican una y otra vez al igual que los conceptos y proposiciones foucaultianas, entre otros. Esto no tiene por qué ser un valor negativo para el libro, pues se trata de material pedagógico y, por tanto, la repetición podría contribuir a la comprensión y manejo adecuado de esas herramientas teóricas y conceptuales; pero, a mi entender, podría haberse evitado, sin menoscabo de su utilidad, cierta redundancia con un trabajo de coordinación más formal que de contenidos, quizá con un glosario general de términos.

Pasaré ahora a comentar los distintos trabajos que integran el libro. Se inicia la obra con un capítulo o parte I, la «Introducción», donde Meri Torras escribe «El delito del cuerpo. De la evidencia del cuerpo al cuerpo en evidencia». El objetivo común de la obra y las referencias antes señaladas con carácter general definen también este trabajo concreto. La autora sostiene que el cuerpo es el lugar de inscripción de la diferencia genérico-sexual, estableciendo una gramática binaria de oposición y complementariedad que afianza una jerarquía e imposibilita cualquier capacidad de elección. A partir de aquí expone distintas propuestas que, dentro de los estudios feministas, pretenden desarticlar los binomios establecidos y naturalizados. Se muestran, a continuación, distintos tipos de discursos que hablan del cuerpo: tener un cuerpo (de raigambre cartesiana), ser un cuerpo (el hombre máquina y la importancia del saber médico), devenir un cuerpo (de disciplinas sociales que reconocen la modelación y el control sobre los cuerpos). La importancia del lenguaje, del carácter fronterizo del cuerpo, de sus actualizaciones, son temas centrales en los distintos ejes referenciales a los que antes me referí (Foucault, Butler, etc.). Torras afirma que las tecnologías discursivas hacen inseparables a discurso, género y cuerpo, generando, regenerando y degenerando los cuerpos, y merecen una atención que exponga las a/gramaticalidades del cuerpo. Y a ello se dedican los trabajos que siguen a la Introducción.

En la parte II, «Los estudios sobre el cuerpo y la identidad: una aproximación teórica», Begonya Sáez plantea en «Formas de identidad contemporánea» las relaciones entre identidad personal y subjetividad en el contexto de la filosofía. Las concepciones metafísicas y postmetafísicas del ser como esencia y como devenir son temas centrales en esta aportación. En el sujeto moderno cartesiano se escinden cuerpo e identidad, por ello la identidad es un modelo ideal del «ser», que designa lo permanente y necesario del «yo», un arquetipo que excluye al «otro». En el paradigma postmetafísico la identidad se constituye en un «deber ser», no es una imposición sino una obligación y, por tanto no sería una esencia sino un devenir, un proceso; el ser es acción y la identidad se da como acción lingüística. En el sujeto contemporáneo de Foucault y Ricoeur la práctica de la identidad está estrechamente vinculada a las relaciones sociales, se construye en un discurso frente a otro, por tanto, el «yo» estaría constituido por el «otro», sería un «yo-otro»; así, la identidad como proceso dinámico que compagina identidad-diversidad. Con la reflexión feminista acerca de la identidad, concretamente la obra de Judith Butler, acaba este trabajo. La teoría de la performatividad butleriana propone un sujeto que es objeto de su propia (re)creación en un contexto normativo concreto de múltiples interrelaciones, socioculturalmente condicionado, en el que el cuerpo es un referente de primer orden. La experiencia del cuerpo es un asunto político y la identidad subversiva en potencia. La identidad no es un modelo abstracto sino producto de una experiencia concreta en un contexto normativo determinado. Pero el cuerpo no sólo está determinado por el contexto dado sino que es, a la vez, contexto y norma en sí mismo. Cuando el contexto normativo y el cuerpo normativo se cuestionan mutuamente, produciéndose una experiencia del sinsentido, la identidad queda suspendida y se hacen necesarias nuevas normas para nuevas identidades.

Jesús Adrián en «Cuerpo y representación. Una panorámica general». Sostiene que buena parte de la filosofía occidental anterior al siglo XX se ha olvidado del cuerpo y, por tanto la historia de la filosofía es una historia desencarnada. Hace un breve recorrido por el pensamiento desde la que llama «pastoral cristiana de la carne», al cuerpo máquina del dualismo cartesiano moderno, para centrarse en la fenomenología como la corriente que consigue dar un papel central al cuerpo. Dentro de esta nueva tradición destaca las perspectivas que se centran en la dimensión corporal de la existencia y aquellas que consideran la dimensión histórico-social del cuerpo. Entre las primeras destaca el legado filosófico de Edmund Husserl en el que el cuerpo es el centro de la intencionalidad, es considerado como una zona de intersección con los otros donde las cosas son antes vividas que conocidas, por ello, toda reflexión debe empezar con la descripción del mundo vivido. Por otro lado, las aportaciones de Pascal, otorgando a los actos emocionales un estatuto ontológico frente a una filosofía inspirada en la certeza del conocimiento matemático, son unas de las fuentes que ponen en evidencia lo que Jesús Adrián llama la debilidad de un compromiso exclusivo con ese tipo de certeza matemática, y consideran al cuerpo el anclaje afectivo en el mundo. También Scheler privilegió al sentimiento, el amor, en el proceso de comprensión de la realidad del otro. Para acabar las páginas dedicadas a la dimensión corporal de la existencia humana, elige a Maurice Merleau-Ponty y su noción de sujeto encarnado, que trasciende la condición orgánica y queda vertebrada por la conexión de cuerpo y acción, de cuerpo y mundo, y de cuerpo e intersubjetividad. Ni sólo biología, ni solo ideas, de forma que para captar la naturaleza del propio cuerpo el análisis de la palabra y la expresión resultaría lo más adecuado. Por otra parte, para Adrián el análisis de la dimensión simbólica del cuerpo está representado en la teoría del espejo y el desarrollo del ego del psicoanálisis lacaniano donde el lenguaje y la imagen corporal juegan un papel esencial en la formación del «yo»; en los estudios de Michael Foucault acerca de las formas de sujeción de los cuerpos; y en las aportaciones de la teoría crítica personificadas en Habermas y su teoría de la acción comunicativa, aunque señala las limitaciones que ésta ofrece para los análisis del género y sobre todo de la etnicidad y la religiosidad. Adrián dedica la segunda mitad de su trabajo al punto de vista de los estudios de género donde da el protagonismo al concepto de *cyborg* elaborado por Donna Haraway como ruptura de la identidad estable y esencialista y de la dicotomía individuali-

dad/colectividad, y desarrollado en distintos acercamientos a diferentes representaciones y usos del cuerpo, centrándose en este caso en el *cyberpunk*. La otra protagonista es la teoría de la performatividad de Judith Butler a la que ya se había referido como uno de los desarrollos más interesantes de las ideas de Merleau-Ponty para analizar la mutua imbricación de cuerpo y cultura. Como ejemplo de aplicación de la teoría butleriana de la performatividad, Jesús Adrián expone una relectura de los conceptos aristotélicos de «materia» y «cuerpo» que tanta influencia han tenido en el modelo androcéntrico occidental.

La parte III, «Identidades de género», consta de un solo trabajo: «Los Estudios de la Masculinidad. Una nueva mirada al hombre a partir del feminismo» de Sara Martín. Aunque se señala la coexistencia de una diversidad de abordajes en continua referencia a la relación con los Women's Studies y sus desarrollos, se destacan aquellos que se centran en las relaciones de las masculinidades con el poder. Así se expone que los Estudios de la Masculinidad se desarrollan a partir de la idea de que los esquemas patriarcales marginan tanto a las mujeres como a los hombres que no encajan en patrones masculinistas, y, por tanto, no sirven para comprender la diversidad de los hombres. La masculinidad es entendida como un patrón de conducta condicionado social y culturalmente, que puede ser asumido (o rechazado) por individuos de distintos sexos. La breve historia de los Estudios de la Masculinidad que hace Sara Martín se inicia en la psicología social de los años 50 con una perspectiva esencialista y heterosexista para continuar con la visión de los Estudios Culturales de los 60 y 70 que critica el esencialismo anterior y pone en evidencia la diversidad de las masculinidades, desarrollándose el concepto de masculinidad hegemónica que permitió desarrollar en los 80 las bases de la teorización de la masculinidad desde la multidisciplinariedad. La diversificación del objeto de estudio, de la metodología, de las interpretaciones ha sido la tónica desde los 90. Por otra parte, entre los objetivos de los estudios sobre la representación de las masculinidades destaca: la posibilidad de autoexamen, la liberación de modelos rígidos que producen sufrimientos y la construcción de masculinidades alternativas. Sin embargo, advierte que la resistencia masculina a los Estudios de la Masculinidad se ha constituido como problema necesitado de abordaje en sí mismo.

La parte IV, «Discurso, poder y representación» se inicia con el trabajo de Teresa Cabruja «Subjetividad, discurso y relaciones de poder. Una aproximación desde la Psicología Social» en el que se expone el papel que viene desempeñando la psicología postpositivista entre las nuevas propuestas para entender la subjetividad y el género. A partir de teorías sobre la identidad humana relacionada con el cuerpo, la diferencia sexual y de género desarrolladas en la psicología social, muestra cómo las identidades de género están construidas social y culturalmente. Las perspectivas esbozadas por Cabruja del interaccionismo simbólico, el «enfoque dramático» de Erving Goffman, las teorías de los roles, la teoría de la categorización social y del «yo», algunas aportaciones del psicoanálisis, son señaladas como contribuciones a que desde la psicología crítica se entienda la identidad como socioconstruida y discursiva. A partir de aquí se desarrollan tres propuestas sobre la construcción social del *self*: el análisis de las prácticas lingüísticas y corporales en diferentes contextos sociohistóricos mediante herramientas procedentes de distintos desarrollos desde el de Bajtin hasta el foucaultiano; el análisis del papel de la psicología en las redes de poder tecnocientífico y de las relaciones entre tecnología y subjetividad; y el análisis de la psicopatologización de «lo femenino» y su deconstrucción a través del abordaje crítico de los conceptos normal-patológico.

María Ruido escribe la siguiente aportación a esta parte: «Trabajo>No-trabajo. Cuerpos e imágenes de mujeres en las nuevas formas de (re)producción», en el que arranca con las definiciones de trabajo y sus cambios, señalando las críticas a una visión puramente economicista del trabajo y su distinción del no-trabajo, a la división sociosexual que reglamenta espacios y tiempos. Tras estas páginas introductorias se presentan las transformaciones posfordistas del trabajo (producción descentralizada y reticular), donde la subjetividad juega un papel de máxima relevancia, y sus consecuencias en los cuerpos del trabajo. Bajo las nuevas formas del capitalismo cuerpos y deseos se constituyen en variables económicas fundamentales, y las imágenes, los medios de comunicación

en general y el cine en particular, se convierten en una potente tecnología que elabora y difunde el cuerpo de la mujer trabajadora. María Ruido comenta brevemente, con ejemplos concretos, cómo la filmografía de finales del siglo XX y principios del XXI ha plasmado los miedos a las mujeres, el asesinato simbólico de la liberación feminista y los iconos del posfeminismo; pero también ha señalado los cuerpos, principalmente los de las mujeres, «como campos de batalla política y territorios de construcción social».

A «Las gramáticas del cuerpo» se dedica la parte V del libro e Isabel Clúa es la autora del primero de los dos trabajos que constituye esta sección, «Género, cuerpo y performatividad». La escisión cartesiana y su irrealidad protagonizan el espacio dedicado al cuerpo como máquina en tanto que constituyente y a la vez subversión del sujeto moderno. Los análisis de Foucault sobre los procesos de la modernidad (a la que Clúa denomina frecuentemente como Edad Moderna al referirse a desarrollos contemporáneos estableciendo cierta confusión en la periodicidad histórica de los castellanoparlantes) que persiguen la normalización y domesticación de los sujetos muestran cómo el cuerpo es el núcleo principal del control; a través de los disciplinamientos corporales se disciplina a los sujetos. El ser pensante es apariencia corporal, la realidad es representación, por tanto, el artificio tiene dos caras. Así, el cuerpo convertido en objeto para ser escrutado y controlado se convierte en normativo, pero también en subversivo en tanto que cuerpo-máquina manipulable. Estas reflexiones dan paso a una interesante exposición, basada en obras literarias del siglo XIX y principios del XX, sobre los «cuerpos artificiales» que pueden ser regulados y manipulados por otros para construir autómatas (la referencia de semejanza entre la histórica y la automática resulta sugerente), artificios, que a su vez regulen los «cuerpos naturales»; de esta forma la condición natural y artificial de lo femenino acaban confluyendo. Pero la propia naturaleza del artificio puede acabar subvirtiéndolo, mediante procesos de artificialización, la normatividad (caso también de la histórica). De esta forma se plantea la política del artificio, el dandysmo, como proceso en el que se desafían las reglas y convenciones haciendo uso de ellas, aplicando la artificialización sobre sí misma/o; en este proceso el género tendría un claro protagonismo. La relación dinámica entre lo artificial y lo natural que representan estos desarrollos alcanzarían su máxima visibilidad en el cyborg que define Donna Haraway donde la hibridez de lo orgánico y lo inorgánico, entre otras, definen al sujeto. La modificación del cuerpo femenino es considerada el ejemplo más evidente de la inestabilidad de la separación entre lo natural y lo artificial. Queda claro así lo manipulable del cuerpo y la identidad, que, con su carácter ambivalente respecto al poder, puede servir para extremar la normatividad o para subvertirla. En definitiva, a través de este análisis, Isabel Clúa pone en evidencia tanto la performatividad del género como los elementos de subversión que desnaturalizan los estereotipos vigentes.

En el siguiente trabajo «Masculino y femenino en los tiempos del *cyborg*. El imaginario culturista en la época de la sublimación deportiva», de Beatriz Ferrús, el *cyborg* vuelve a ser protagonista así como la ambigüedad de las prácticas tecnológicas posmodernas respecto al poder. En este caso, algunas revistas de culturismo son las fuentes sobre las que se analizan las prácticas de disciplinamiento corporal actuales (deportivas y estéticas) y sus semejanzas y diferencias respecto a discursos hegemónicos en el pasado (filosóficos y religiosos). El imaginario culturista, su lenguaje y relaciones con el higienismo y el reforzamiento de estereotipos generizados se muestra plagado de contradicciones y paradojas respecto al manejo y apropiación del cuerpo; pero las cuestiones de género evidencian de forma rotunda las estrechas relaciones de lo que Ferrús llama «cultura popular del gimnasio» con el poder y su normatividad.

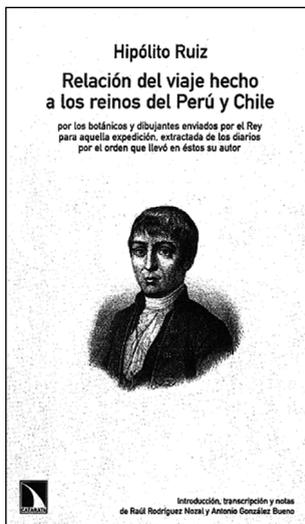
Para acabar, la parte VI, «La sexualidad como práctica discursiva» contiene el trabajo de Patricia Soley-Beltran «Una introducción a la Sociología del Cuerpo», donde hace una breve historia de los estudios del cuerpo como disciplina. Inicia con una introducción en la que considera los antecedentes de la Sociología del cuerpo en la sociología clásica y la antropología. También señala, de forma casi telegráfica, como corrientes de pensamiento que influyen la disciplina, a la sociología

del conocimiento, la crítica posmoderna, la sociología del consumo y el feminismo. Posteriormente describe algunos elementos del contexto social en el que se inicia, tras la Segunda Guerra Mundial, y se detiene en la exposición de la aportación conceptual feminista refiriéndose a las propuestas de Joan Scott y Judith Butler de forma muy somera. La constitución del cuerpo como proyecto y sus causas, entre las que el desarrollo de la tecnología científica juega un papel principal, dan paso a unas reflexiones finales en las que la autora afirma que en las sociedades individualistas el cuerpo es clave para la construcción de la identidad, y dada su trascendencia en las culturas occidentales ha dado lugar a la sociología del cuerpo como disciplina que ha problematizado la noción del cuerpo como ente natural.

Concluiré diciendo que los niveles de complejidad y claridad de los distintos trabajos que componen el libro son muy desiguales, no sólo por la elección de las formas narrativas sino también por los aspectos abordados; pero, en conjunto, resultan de gran utilidad, para adentrarse en un amplio espectro de conceptos, abordajes, temas, sugerencias, y, sobre todo, porque proponen dialogar con las ideas mostradas.

Isabel JIMÉNEZ LUCENA

RUIZ, Hipólito, *Relación del viaje hecho a los reinos del Perú y Chile por los botánicos y dibujantes enviados por el Rey para aquella expedición, extractada de los diarios por el orden que llevó en éstos su autor*. Introducción, transcripción y notas de Raúl Rodríguez Nozal y Antonio González Bueno, Madrid, Editorial Los Libros de la Catarata / Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2007, 366 pp. [ISBN.978-84-00-08565-0]



La organización y envío de expediciones españolas a los dominios coloniales y territorios de ultramar no sólo fue consecuencia de la política científica ilustrada borbónica, sino que evidentemente fue resultado de una serie de factores políticos (problemas de delimitación de fronteras, controlar la expansión de Portugal, Francia, Inglaterra y reprimir incursiones de tribus indígenas aliadas de holandeses y portugueses); factores económicos (el aumento del comercio, frenar el contrabando, explotación de nuevos recursos naturales); demográficos (necesidad de potenciar los espacios marginales, consecuencia del despoblamiento existente en muchos territorios de las colonias) y cartográficos (se precisaba la modificación de las cartas marinas debido a las inseguridades que afectaban a la navegación).

Algunas de las expediciones científicas españolas con destino a las colonias americanas se diseñaron como una empresa conjunta con Francia, y en estos casos, siempre el país vecino, a instancias de la Académie Royale des Sciences de Paris, tomó la iniciativa en la organización de la misión. Otras veces se recurrió a la contratación de especialistas o técnicos extranjeros ante la ausencia de expertos españoles que quisieran desplazarse al

Nuevo Mundo o bien porque no existían en los dominios de España personas capacitadas para realizar en las colonias actividades científicas o tecnológicas que requirieran un nivel elevado de conocimiento. Lo usual fue que los componentes de las expediciones se escogieran entre marinos (por sus conocimientos matemáticos y astronómicos), médicos, boticarios, naturalistas e ingenieros militares españoles, y que al llegar a las colonias se integrara en la comisión científica algún representante ilustrado de la elite criolla. Este núcleo de peninsulares y criollos, junto con el personal extranjero, cuando lo hubo, fue el encargado de realizar las prácticas científicas: observaciones, toma de datos, recogida de ejemplares y muestras orgánicas e inorgánicas, etc. Como personal de apoyo fueron imprescindibles los dibujantes y pintores, formados tanto en academias ubicadas en la metrópoli como en las colonias. Ellos fueron los encargados de representar los ejemplares exóticos y de trazar los mapas de los territorios explorados.

Dentro del programa ilustrado, se consideró que potenciar la Botánica, considerada como «ciencia útil», tanto por sus aplicaciones terapéuticas como por las tintóreas y agronómicas, entraba dentro de lo que podía contribuir al desarrollo social y económico de la monarquía española. Papel fundamental en esta labor de renovación científica fue la coordinación, y, en algunos casos, la organización desde el Real Jardín Botánico y, en menor medida, el Gabinete de Historia Natural de Madrid de las expediciones científicas enviadas a América, cuyos componentes describieron durante sus exploraciones nuevas especies vegetales y zoológicas, con enfoques nomenclaturales y taxonómicos, siguiendo los parámetros establecidos por el naturalista sueco Carl von Linné.

En la década de los años setenta del siglo XVIII, se organizó una nueva expedición franco-española cuyos objetivos prioritarios fueron botánicos. Esta expedición tuvo como destino otra vez el Virreinato del Perú y el Reino de Chile, y sus componentes partieron con la misión de realizar el estudio de los recursos botánicos de este territorio. La propuesta originaria de esta expedición surgió en Francia, y también contó con el apoyo de la Academia Real de Ciencias de París. El gobierno español concedió pasaporte y licencia al médico francés Joseph Dombey para que pasara al Perú a reconocer plantas medicinales, pero puso como condición que fueran también dos botánicos españoles y que dejara en España a su vuelta un duplicado del herbario y descripciones que llevara a Francia. Como botánicos españoles fueron nombrados Hipólito Ruiz y José Pavón, dos jóvenes con conocimientos farmacéuticos que estaban en la órbita del Primer profesor del Jardín Botánico de Madrid, Casimiro Gómez Ortega. Junto a ellos fueron designados los dibujantes J. Brunete e I. Gálvez. El objetivo que fijó la Corona española a los expedicionarios fue el inventario de recursos naturales que tuvieran un interés medicinal o industrial.

El libro que se reseña recoge la transcripción de un manuscrito conservado en el Museo Nacional de Ciencias Naturales de Madrid. Los máximos especialistas en la expedición al Perú y Chile, Raúl Rodríguez Nozal y Antonio González Bueno, se han encargado de estudiarlo, transcribirlo y anotarlo, de manera que han terminado realizando un trabajo completo y excepcional, que permitirá disponer de una fuente de referencia a los historiadores de las ciencias naturales en la España de la Ilustración, especialmente a los interesados en los aspectos relacionados con la botánica americana.

El texto de Hipólito Ruiz, en el que detalla los avatares de la expedición científica está precedido por un extenso estudio introductorio (ocupa las páginas 11 a 94) efectuado por Rodríguez Nozal y González Bueno. A continuación se presenta el texto transcrito y anotado por ellos mismos (páginas 95-311), para terminar con un apéndice de nombres vernáculos de plantas y su equivalencia con los nombres científicos (páginas 313-330). Necesarios y útiles índices de nombres científicos y de topónimos completan esta magnífica edición muy cuidada de Publicaciones del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) y de la editorial «Los libros de la Catarata».

Francisco PELAYO

ALCÍBAR, Miguel, *Comunicar la ciencia. La clonación como debate periodístico*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2007, 286 pp. [ISBN: 978-84-08580-3]

Este libro de Miguel Alcívar, biólogo, doctor en comunicación y profesor de Periodismo de la Universidad de Sevilla, contiene una introducción teórica a la comunicación social de la ciencia y dos análisis del debate periodístico sobre la clonación. Basado en la tesis doctoral del autor, consta de cuatro partes: 1) una exposición de los conceptos fundamentales de las diferentes corrientes en filosofía y sociología de la ciencia (positivismo, relativismo y constructivismo); 2) un estudio de las controversias científicas; 3) una síntesis de los principales modelos y estrategias de comunicación social de la ciencia; y 4) el análisis de dos casos relativos a la representación discursiva de la ciencia en la prensa: la oveja Dolly y el anuncio de clonación humana por parte de la secta de los raëlianos en *El País*.

La estructura del libro es acertada, ya que realiza un recorrido desde lo general a lo particular, proporcionando al estudio de casos unos principios teóricos que fundamenten un análisis que sea capaz de describir, explicar e interpretar las claves discursivas del periodismo científico. Estos marcos son, como hemos señalado, los estudios sociales sobre la ciencia (filosofía y sociología de la ciencia), la teoría de las controversias científicas y la teoría sobre la comunicación social de la ciencia. A pesar de esta extensa y bien articulada parte expositiva, la obra de Miguel Alcívar presenta una deficiencia: no define adecuadamente los conceptos de *comunicación, información, divulgación y periodismo científicos*, ni establece las diferencias entre ellos. El autor expresa explícitamente su rechazo de posturas filosóficas extremas, tanto positivistas (la ciencia es axiológicamente neutral y una descripción de la «verdad» del mundo real) como constructivistas (la elaboración de la ciencia no exige invocar ninguna contribución ni constreñimiento de lo real), si bien se decanta por posiciones más próximas al relativismo y constructivismo.

En los estudios sobre comunicación científica —así como en la práctica divulgativa y periodística— existen dos modelos teóricos: la comunicación pública de la ciencia como *reelaboración* (la divulgación es una «traducción» lingüística o terminológica del texto original a la lengua cotidiana) y como *recontextualización* (la divulgación es una actividad que consiste en situar el texto científico original en un nuevo contexto social, con modificaciones discursivas que afectan a planos expresivos y conceptuales que traspasan el nivel léxico). Estas dos teorías han proporcionado hasta el presente estudios fructíferos sobre los procedimientos y estrategias empleados en los textos divulgativos y periodísticos sobre ciencia; Alcívar profundiza en el segundo modelo con dos estudios de casos en que aplica teorías sociológico-científicas, adentrándose en un nivel de análisis menos explorado: la retórica, entendida como un campo de estudio que integre escuelas y enfoques diversos.

En el análisis del tratamiento periodístico sobre la oveja Dolly, Alcívar aborda la cuestión de la clonación como fenómeno mediático, la construcción de la clonación de Dolly como *hecho científico*, las fantasías tecnocientíficas que surgieron a raíz del anuncio de la famosa oveja clonada, la representación periodística de las cuestiones éticas y la postura de los científicos en defensa de su libertad de investigación. En el estudio sobre el anuncio en la prensa de la clonación humana realizada por la secta de los raëlianos, el autor ofrece una interpretación retórica de 16 artículos sobre el tema aparecidos en *El País* entre diciembre del 2002 y enero del 2003. Para ello, aplica la *teoría del actor-red* al discurso periodístico del diario madrileño, y analiza cómo fueron representados discursivamente los actores directamente implicados en el hecho, los científicos (la «comunidad científica» guiada por el *ethos* mertoniano) frente a los raëlianos («un grupo de iluminados»). También atiende a otros agentes sociales, como el propio periódico (que toma partido contra la secta raëliana), los periodistas, los lectores (actores implícitos), los políticos (a quienes se apela como responsables legislativos) y los embriones clónicos. Para la teoría de actor-red, los agentes sociales son

actores con intereses determinados que, por medio de estrategias y recursos retóricos, tratan de atraer para sí o «enrolar» a otros actores para que se adhieran a sus intereses, y tejer así una red de alianzas y apoyos, aunque sea temporal o circunstancial. El autor describe cómo *El País* fue creando a través de su discurso una red de agentes sociales con intereses diversos (empresas tecnológicas, asociaciones de afectados por enfermedades degenerativas) a quienes podría atraer y alinear en defensa de sus propios intereses en contra de intentos de clonar humanos.

Alcíbar analiza asimismo los argumentos empleados por *El País* en defensa de la clonación terapéutica y en contra de un proyecto que la pudiera perjudicar, como el intento de clonación reproductiva humana desarrollado por los raëlianos. La posible mala imagen social de la reproducción clónica de seres humanos creada por el intento raëliano, derivada de su escasa viabilidad técnica, podría dañar el desarrollo de la clonación terapéutica, de ahí que *El País* construyera su discurso de la clonación humana como problema de política científica, más que como una cuestión ética o moral. Los argumentos empleados por el diario español son el principio de autoridad atribuido a la comunidad científica, el principio de racionalidad cultural, la disociación entre clonación reproductiva y clonación terapéutica, y el argumento pragmático (retórica de los beneficios futuros).

En síntesis, *Comunicar la ciencia* es un acierto editorial que se suma a otros anteriores de la colección «Estudios sobre la ciencia» publicada por el CSIC; con aportaciones ricas y sugerentes, tiene una doble virtud: es una síntesis teórica útil y bien organizada, y un análisis retórico original y riguroso en que el autor aplica teorías procedentes de la sociología de la ciencia que suponen un enriquecimiento de los estudios sobre comunicación social de la ciencia. En definitiva, el libro, que puede constituir un modelo para otros estudios por su información teórica y su metodología, desmiente con sobrados argumentos la ingenua creencia de que el periodismo científico es una mera traslación o adaptación lingüística de unos contenidos técnicos para poner la ciencia al alcance del gran público.

José Antonio DÍAZ ROJO

LLOYD, G.E.R., *Las aspiraciones de la curiosidad. La comprensión del mundo en la Antigüedad: Grecia y China*, Madrid, Siglo XXI, 2008, 222 pp. [ISBN: 978-84-323-1348-6]

Un libro nuevo de Geoffrey E.R. Lloyd supone no sólo una satisfacción personal o la alegría de ver cómo se incorporan sus ideas y discusiones a nuestra cultura, a nuestra lengua. Significa, asimismo, tener en cuenta importantes estímulos intelectuales de la segunda mitad del siglo XX: son los que laten en las obras de Lloyd, y todos ellos, además, lo hacen al mismo tiempo.

De antemano, cuando él se iniciaba como investigador, especialistas en los presocráticos, en mitología o en filosofía griega como Raven, Kirk o Guthrie, fueron sus mentores; el último también, por cierto, le introdujo en la medicina antigua. Más aún, para *Las aspiraciones de la curiosidad*, conviene citar, especialmente, a Joseph Needham, cuyo ejemplo y cuya institución —*Needham Research Institute*— le ayudarán en la línea comparativa con China, emprendida por él a finales de los ochenta. Pero también le influyeron antropólogos de talla como Leach, conocido hacia 1970 en España por introducir a Lévi-Strauss, pues el estudioso francés le atrajo a Lloyd poderosamente en sus inicios. Por otro lado, fue contertulio de grandes historiadores, como Hobsbawm y, sobre todo, Moses Finley, que fue decisivo para él tanto en su promoción académica como en su formación intelectual, más allá del mundo británico. De hecho, Lloyd pudo conocer en persona el pensamiento

francés gracias a Finley; así sucedió con Vidal-Naquet, y con otros muchos estudiosos franceses (Vernant, Hartog, Detienne).

Pues bien, precisamente Vidal-Naquet decía —en su célebre ensayo sobre Finley— que este gran exiliado no era de esos especialistas clásicos que hipertrofian su disciplina y creen que la civilización se resquebrajaría si en un estudio sobre la antigua Grecia se cotejara seriamente ésta con la antigua China. La afirmación viene al caso, sin duda, para el sinólogo-helenista Lloyd. *Las aspiraciones de la curiosidad* fue el tercer libro suyo donde prosiguió su serio cotejo con Extremo Oriente; y en otros tres libros posteriores —desde 2004 hasta 2006— comparó de nuevo Grecia y China. Tenemos hoy, pues, seis obras en las que Lloyd hace catas y medidas en ese mundo lejano. Por ello, sin duda, son escritos imprescindibles para el lector español, que en general poco conoce de la China antigua o que, a lo más, se ha surtido de M. Granet, algo de J. Needham o de J. Gernet.

Desde 1960, con *Polaridad y analogía* Lloyd había empezado analizando términos más o menos opuestos en el pensamiento griego, de una forma semi-antropológica, muy densa y personal; pero finalmente ha buscado contrastes entre los modos de pensar de dos culturas poderosas y disímiles. Así que su perspectiva indagadora, que conseguía negar con nuevos argumentos el carácter absoluto de la *singularidad griega* —pero enriqueciendo siempre la mirada clásica—, ahora se confronta con el *problema de la singularidad china*, esto es, de su discutida no evolución científica, del estereotipo de que su orientación sabia sólo es en realidad práctica.

Ya en 1996, en *Adversaries and Authorities* Lloyd hacía un cotejo entre Grecia y China, mostrando que en ambos casos su potencial indagador estaba profundamente influido por los valores de la sociedad y por las instituciones en cuyo seno trabajaban. Pero los chinos, produjeron una matemática compleja, una astronomía, medicina y cosmología ricas, sin obsesionarse por los fundamentos y la axiomatización; lo contrario de los griegos, que partieron de modelos de debate en las asambleas políticas y de los juicios griegos, y sin considerar por añadidura esa idea tan helénica de que era posible una radical revisión de los supuestos básicos. Los chinos trabajaron en la ciencia para avanzar en la cohesión de la sociedad, algo ajeno al mundo griego.

Ahora en *Las aspiraciones de la curiosidad* renueva Lloyd esos temas de otro modo. Es un libro donde sigue una escala de temas que caracterizaría a los estudios sobre civilizaciones antiguas: nos habla de las formas de historiografía (Needham resaltaba que éste era el campo chino por excelencia); analiza los tipos de predicción propios de dos sociedades tradicionales; distingue el uso de los números en ambas culturas; asimismo, revisa su concreción práctica, sus diversos artefactos; por otro lado, considera los procesos de denominación y formación de vocabularios; y, por último, los marcos institucionales en los pudieron realizarse ciertas investigaciones, problema éste enfocado por Lloyd en su obra a conciencia y muy atendido por la sociología anglosajona (véase Merton).

Cabría acaso aducir que Lloyd recorre aquí una escala bien probaba ya en la historia, pero con argumentos del todo nuevos. Y es que esos temas no dejan de evocarnos —aunque sea lejana y fugazmente— la vieja historiografía indiana, con sus crónicas, ritos, numeración y contabilidad, con sus cronologías y sus instituciones. No obstante, Lloyd no trata de hacer aquí una *historia natural y moral* moderna, sin duda, y menos aún de hacer generalizaciones. En *Las aspiraciones de la curiosidad* el ángulo científico y técnico es muy claro; el autor se ciñe mucho al territorio objetivo propio de dos lugares del mundo especiales y desarrollados; en fin, hace uso de un lenguaje analítico muy actual. Cabría mejor decir que su ángulo representa una nueva *sinofilia ilustrada*, y que sobre todo utiliza un tipo de argumentación que es, cuando menos, tangente al pensamiento —híbrido, complejo y dubitativo— de finales del siglo XX y principios del XXI.

En todo caso, nos hace ver «antropológicamente» cómo los contrastes entre ciencia y proto-ciencia resultan a menudo abusivos, no sólo para en el viejo mundo helénico sino, asimismo, para el chino. Y esto se ve bien al considerar, en conjunto, su trama implacable de *polaridades móviles*, ricas, variadas, que ha ido urdiendo desde 1966 con sus libros, y que, como vemos en *Ancient Worlds, Modern Reflections*, de 2004, le sirven para valorar incluso el pensamiento contemporáneo.

Todos los humanos, claro está, piensan y sienten más o menos como nosotros. Pero hay algo más que decir en cada sociedad concreta, y más entre dos civilizaciones avanzadas como las aquí tenidas en cuenta. Lloyd lo ha dicho de muchas maneras para la antigua Grecia; y en veinte años de trabajo lo ha dicho, asimismo, en la antigua China, aunque sin dejar de cotejar esta gran civilización con los fundamentos de nuestra cultura.

Mauricio JALÓN

CID, Felip, *Museología médica. Aspectos teóricos y cuestiones prácticas*, Bilbao, Museo Vasco de Historia de la Medicina y de la Ciencia «José Luis Goti» Medikuntza eta Zientzia Historiaren Euskal Museoa, 2007, 2 vols., 776 pp., Presentación de Anton Erkoreka. [ISBN: 978-84-930782-8-7]

Entre las tipologías museísticas reconocidas por el Consejo Internacional de Museos (UNESCO), ya en 1975, se halla una que no ha logrado la aceptación que podía esperarse, pese a existir amplia historiografía médica —los museos de medicina y cirugía— considerados entre los de ciencias y técnica. Acaso por eso tampoco cuentan con una literatura museológica abundante en su especialidad. A explicar esta situación, a ordenar los conocimientos museológicos asimilados a lo largo de veinte años de dedicación y a proponer actuaciones en el específico campo de la museología médica, se orienta este libro del Prof. Cid. Un libro ambicioso por su extensión conceptual, en el que su autor ha volcado toda su experiencia como historiador de la Medicina (ha sido catedrático de esta especialidad en la Universitat Autònoma de Barcelona), fundador del Museu d'Historia de la Medicina de Catalunya y miembro de la European Association of Museums of History of Medical Sciences, entidad que agrupa los 80 museos existentes en nuestro continente.

Precisamente, por ello, y por los conocimientos enciclopédicos de su autor, el libro resulta de contenido denso, y esto mismo le obliga a reconducir con frecuencia su discurso expositivo, dado el amplio contenido teórico del libro, que no duda en contextualizar con otras disciplinas y tipologías museísticas, pues, además, se sustenta en cerca de quinientas referencias bibliográficas propias y ajenas.

No estamos, pues, ante un libro común sino más bien ante un tratado de museología médica, que se organiza en dos partes diferenciadas, con el complemento de unas ilustraciones bien seleccionadas. La primera, que cubre el primer tomo y la mitad del segundo, es de carácter teórico. En ella se ocupa de sistematizar la historia de la museología médica, con especial detenimiento en los siglos XVIII al XX, y en definir, delimitar, clasificar y reivindicar la importancia del objeto médico —la pieza instrumental por excelencia— o, diríamos, el bien cultural, que preside toda acción museística. En la segunda parte, dirigida a precisar la gestión de los recursos patrimoniales al alcance del museo, orienta el quehacer del museólogo en las sucesivas fases de adquisición, registro, catalogación, conservación, exposición y aprovechamiento educativo de ese objeto-documento que es la pieza, en su específico campo de la museología médica.

A lo largo del texto está omnipresente la defensa del valor cultural del patrimonio médico objetivo, sometido a una modernización constante que relega al olvido, y a la desaparición, todo el bagaje instrumental del que se sirven la medicina y la cirugía, de ahí la necesidad de rescatar, y poner en valor, ese patrimonio cuya importancia no ha sido reconocida en su justa medida por los profesionales de la especialidad. Esta urgencia, ya no sólo por rescatar sus propios bienes, sino por ponerlos al servicio de la formación universitaria, y general, es compartida también por otros museos, como los etnológicos y de ciencias, que ven como caen en el desuso prácticas o desaparecen

especies animales sin casi poder remediarlo. En su recapitulación final, el Dr. Cid explica los inconvenientes derivados del divorcio existente entre historiadores y museólogos de la Medicina, que no deja a los futuros museólogos otra vía de formación que la del autodidactismo, y critica el interés de los poderes públicos por otras tipologías museísticas (señalando enormes diferencias entre museos plásticos y científicos), aunque es optimista al considerar que, en el futuro, la museología médica «abogará a favor de una Historia de la formación, deformación y rectificación de los saberes médicos en clave técnica» (p. 741).

En definitiva, estamos ante un libro indispensable para conocer la evolución científica de la Medicina ligada a su patrimonio instrumental, que al mismo tiempo explica su desenvolvimiento histórico, pero también ante un atractivo texto sobre una especialidad museológica mal atendida en la formación de los museólogos, formación que está mayormente centrada en las ciencias humanas, cuando la Museología es una disciplina de aplicación universal. En tal sentido, la presencia de este libro en las bibliotecas de los museos y de las universidades colaborará a romper el esquema excluyente de la Museología clásica.

Francisco J. ZUBIAUR CARREÑO

BERNABEU MESTRE, Josep, *La salut pública que no va poder ser. José Estellés Salarich (1896-1990): una aportació valenciana a la sanitat espanyola contemporània*, València, Consell Valencià de Cultura, 2007, 175 pp. [ISBN: 978-84-482-4779-9]

El género biográfico en historia de la medicina se encuentra en plena expansión en estos últimos años. Esta tendencia, ejemplarmente identificada por el Simposio que la Sociedad Española de Historia de la Medicina celebró en Jaca en 2004, ha cristalizado en un amplio repertorio de publicaciones que han recogido tanto la reciente producción biográfica propiamente dicha, como reflexiones sobre las condiciones y los problemas particulares inherentes a su elaboración. No parece ajeno a este auge el interés público e institucional por la llamada «memoria histórica», apoyada en buena medida en la recuperación de testimonios orales, escritos o iconográficos de individuos y de grupos de individuos. Tampoco, quizás, en ámbitos más académicos, las discusiones en torno al modelo de análisis foucaultiano, en las cuales el enfoque biográfico aparece como una de las vías que permitiría cuestionar la teórica omnipotencia de las tecnologías de control social.

A pesar de estas circunstancias favorables, no creemos exagerado decir que la historia de la salud pública española espera aún su primavera biográfica. Sirva como dato que muchos de los principales médicos protagonistas del movimiento higienista oficial en la España contemporánea carecen todavía de estudios en profundidad o, al menos, de análisis que ofrezcan una perspectiva comprehensiva y crítica sobre aspectos destacados de su trayectoria profesional, su actuación política o sus aportaciones científicas. En principio, esta carencia no parece tan acusada para el siglo XIX como para comienzos del siglo XX, a pesar de haber sido éste un periodo crucial para el desarrollo de la sanidad española. Salvo excepciones como, por ejemplo, Marcelino Pascua, sólo ha habido tentativas de aproximación a personajes tan destacados como Ángel Pulido, Manuel Martín Salazar, Carlos María Cortezo o Gustavo Pittaluga, entre otros muchos. La atención prestada a las figuras del movimiento higienista en la sanidad marítima/exterior y en la sanidad del Ejército y de la Armada ha sido casi inexistente.

Pero sería un error pensar que sólo o principalmente son necesarias las biografías de los «grandes hombres» de la sanidad oficial. Por detrás de aquellos que se hicieron con las principales res-

ponsabilidades políticas y administrativas en salud pública o marcaron las pautas científicas y doctrinales a seguir en el ámbito de la higiene bacteriológica o de la social, existió un amplio colectivo de personas (entre ellas, algunas mujeres) que dieron cuerpo y función a la administración sanitaria central y periférica, a los laboratorios de investigación e instituciones de asistencia, a las asociaciones profesionales y revistas especializadas, a los cuerpos de funcionarios médicos. Sobre este colectivo, el déficit de investigación histórica —biográfica, pero también prosopográfica— proyecta aún una sombra despreocupada, a pesar de que en él pudieran residir algunas claves para comprender cuestiones decisivas de la trayectoria de la sanidad española.

Partiendo de esta base, la monografía publicada por Josep Bernabeu Mestre ha de valorarse, en nuestra opinión, como un esfuerzo consciente por subsanar la fundamental carencia biográfica de la historiografía médica española y por hacerlo a través del estudio de uno de esos médicos que estuvieron menos expuestos al escrutinio del ojo público. Con su habitual claridad de estilo y organización, Bernabeu presenta en este conciso trabajo una mirada detallada sobre la vida personal, social y, especialmente, científica y política del médico valenciano José Estellés Salarich. Para ello, el autor se ha decidido por un «criterio cronológico», a partir del cual ha fijado cinco periodos vitales. En el primero de dichos periodos, que abarca desde el nacimiento de Estellés en Valencia en 1896 hasta la finalización de sus estudios de Medicina en la misma ciudad en 1919, se hace un bosquejo del medio ambiente social, humano y político —«La València del blasquisme»— en el que crecieron el protagonista y su generación, caracterizados, según Bernabeu, por su carácter burgués, anticlerical y liberal y por fomentar «un nuevo patriotismo basado en la libertad, el progreso y el reconocimiento de las diferentes identidades de los pueblos de España».

Un segundo periodo en la vida de Estellés lo constituyeron sus primeros pasos profesionales en el mundo de la sanidad española. Después de trabajar como Inspector de Sanidad en los municipios valencianos de Cortes de Pallars y Picanya y de realizar un curso de especialización en bacteriología y epidemiología en el Instituto de Higiene «Alfonso XIII» de Madrid, Estellés ingresó por oposición en el Cuerpo de Sanidad Exterior en 1925. En los años siguientes estuvo destinado sucesivamente en las estaciones sanitarias de Águilas, Cartagena y Borriana, donde desarrolló la labor específicamente relacionada con el control higiénico de los puertos y del tráfico marítimo de pasajeros y mercancías. No obstante, desde su posición institucional, Estellés participó en múltiples iniciativas sanitarias de otro tipo, como la dirección del dispensario antitracomatoso de Águilas, la organización de la Primera Asamblea Nacional de Sanidad en 1927, la reivindicación de la reglamentación sanitaria del tráfico aéreo internacional, el impulso a la lucha antituberculosa en Cartagena o la fundación de la Academia Médico-Quirúrgica de esta última ciudad.

Nos parece que en este capítulo sería necesario un análisis más sistemático del Estellés higienista, en lo que se refiere a la base conceptual y técnica de sus actuaciones en sanidad interior y exterior; probablemente la falta de detalles se deba a la imposibilidad de recuperar sus trabajos científicos y los informes administrativos remitidos desde sus diversos destinos profesionales. Con todo, conviene señalar que Bernabeu ha manejado un amplio espectro de fuentes que incluye, además de legislación, prensa general o bibliografía primaria, también documentos personales (expediente académico, hojas de servicio, textos manuscritos, fotografías familiares) y testimonios orales de un hijo y una hija de Estellés. Éstos últimos constituyen, sin duda, uno de los puntos fuertes del libro. Metodológicamente, los testimonios orales, unidos a las abundantes citas literales de textos, han permitido a Bernabeu aproximarse «con más fidelidad a la que realidad que queremos trasladar». En cuanto al contenido de la investigación, dichos testimonios han tenido un papel importante a la hora de poder reconstruir o interpretar pasajes importantes de la trayectoria vital y profesional de Estellés.

Retomando el resumen de ésta, a finales de 1929 Estellés se trasladó de nuevo a Madrid para ampliar estudios en el Instituto de Higiene «Alfonso XIII». Desde entonces y hasta el inicio de la Guerra Civil desempeñaría diversos cargos de relevancia en la administración sanitaria central. Así,

después de un breve paso por el Hospital Nacional de Enfermedades Infecciosas, Estellés fue nombrado Profesor agregado de Cinematografía e Iconografía de la Escuela Nacional de Sanidad por su nuevo director, Gustavo Pittaluga. Con la llegada de la II República, Estellés se convirtió en parte del equipo de colaboradores de Marcelino Pascua, quien, a instancias de Pittaluga, le encargó la organización y puesta en marcha de la nueva Secretaría General Técnica de la Dirección General de Sanidad, en la cual permanecería durante todo el periodo republicano. Desde este puesto administrativo, Estellés se vio directamente implicado en el despliegue de las reformas sanitarias lanzadas por Pascua entre 1931 y 1933 y que comprendieron desde la sanidad rural hasta la asistencia psiquiátrica, desde la lucha contra la mortalidad infantil al impulso de la colectivización del sistema sanitario. Además, Estellés, en el marco de una larga trayectoria política de izquierdas, se convirtió en este periodo en secretario general de la Federación de Sindicatos Médicos de la UGT y fue nombrado Director General de Prisiones por el Ministro de Justicia Juan Botella Asensi a finales de 1933.

Después de este tercer periodo, Bernabeu analiza la labor sanitaria de Estellés en la Guerra Civil. En Madrid, donde permaneció durante toda la contienda, Estellés mantuvo su condición de Secretario General Técnico de la DGS, participó en la Junta Coordinadora de Hospitales Militares y fue nombrado Jefe de Sanidad del Ejército republicano del Centro. Sus funciones en este último cargo incluyeron, entre otras, la organización de la evacuación de heridos desde los frentes de batalla o la prevención de epidemias y enfermedades infecciosas en las tropas. Estellés impulsó además la creación del Comité Nacional de Coordinación de Profesiones Sanitarias en 1937 y, a pesar de su posición institucional, manifestó sus discrepancias respecto a la situación organizativa del Ministerio de Sanidad dirigido por la anarquista Federica Montseny. El 29 de marzo de 1939, cuando las tropas de Franco entraron en Madrid, Estellés fue detenido en compañía de Julián Besteiro y de otras autoridades republicanas con las que se encontraba en el Ministerio de Hacienda. Ese mismo año fue expulsado del Cuerpo de Sanidad Nacional y, en 1940, sometido a Consejo de Guerra, en el que se le condenó por delito de «adhesión a la rebelión» a treinta años de reclusión mayor.

A partir de ese momento se inició el quinto y último periodo de la vida de Estellés, el de su prolongado «exilio interior». Tras permanecer tres años en prisión en Madrid y Valencia, se trasladó a Barcelona en 1942. Privado de su antiguo puesto de trabajo, tuvo que compaginar empleos en empresas sanitarias (Aplicaciones Cianhídricas S.L.) y laboratorios farmacéuticos (Esteve) con traducciones para editoriales médicas (Salvat, Morata, Labor) y para organismos como la OMS, además de continuar su labor de divulgación sobre temas como el tifus. Estellés aprovechó estos últimos trabajos para seguir expresando sus ideas sobre salud e higiene, coherentes con su trayectoria previa y que se distanciaban en algunos puntos respecto a las directrices marcadas por la sanidad oficial de la época. Incluso llegó a publicar una investigación sobre paludismo realizada en 1949 a raíz del encargo recibido por Aplicaciones Cianhídricas para erradicar dicha enfermedad y sus vectores en el terreno del Prat de Llobregat donde se iba a construir el nuevo aeropuerto de Barcelona. En 1967 se trasladó a Madrid, donde participó en diversas iniciativas relacionadas con la promoción de la salud y la educación sanitaria. Con la llegada de la democracia, el gobierno socialista, a través del Ministro de Sanidad, Ernest Lluch, le concedió la Orden Civil de Sanidad con la categoría de Gran Cruz. Estellés falleció en Madrid en 1990 a la edad de 95 años.

Sin ser una figura señera dentro del higienismo español —y, precisamente, por eso mismo— Bernabeu considera que la trayectoria biográfica de José Estellés Salarich nos ofrece una perspectiva privilegiada sobre el origen, maduración y ocaso de esa «salud pública que no va a poder ser» que constituye, ya desde hace muchos años, uno de los hilos conductores de su labor histórico-médica. La biografía de Estellés se integra así como un nuevo paso en una sólida línea de investigación en la que Bernabeu, en solitario o acompañado por diversos colegas, ha combinado la demografía histórica y la historia social para estudiar los proyectos de reforma de la sanidad española contemporánea en ámbitos como la estadística y la epidemiología, las epidemias, la lucha contra la lepra, el entramado administrativo e institucional, la nutrición, la colaboración internacional o las

RESEÑAS

visitadoras sanitarias. En definitiva, intentando huir de la indeseada «función legitimadora y apolo-gética» de los estudios biográficos, Bernabeu ha pretendido ante todo «articular en el mismo relato el tiempo del personaje [...] y el tiempo de la historia». Un personaje, como Estellés, representativo de lo que supuso el «desaprovechamiento de un capital humano que estaba destinado a jugar un papel clave en el progreso político, social y sanitario de España».

Francisco J. MARTÍNEZ-ANTONIO